

para estar contentos; no echarán de menos el lujo.

—No lo creas, aunque lo juren. Es imposible que vivan á gusto cuando todo les haga falta. Por mi parte, ¡Dios me libre! ¡Nunca se me ocurrió semejante locura! ¡Uf!, prosiguió Paulina fingiendo un estremecimiento como de intensísimo frío. ¡Qué horror le tengo á la miseria!

### XIII

#### Nuevos preludios

El entusiasmo artístico de Berta y Joaquín les hizo perder la conciencia del tiempo. Las clases de piano del joven habían seguido aumentando, y ya lograba reunir como sesenta ó setenta pesos todos los meses, á fuerza de mucho trabajo, á pesar de darlas á precios reducidos. Con esto había comenzado á formar una reserva pecuniaria destinada á acontecimientos futuros, cuya naturaleza no quería analizar. ¿Qué podía suceder? El mismo no lo sabía, ni se aplicaba á profundizarlo; pero el caso fué que pronto completó quinientos pesos, y con aquella dinerada se puso loco de alegría.

Todo el tiempo libre, lo invertía, como

siempre, en hacer ejercicios de piano para agilitar los dedos, en estudiar con don Teodomiro, y en formar, alentado por él, castillos en el aire sobre arte y amor. El "maestro de Capilla" estimulaba sus locos anhelos en ambos sentidos, con vaticinios espléndidos y ejemplos magníficos de pobres artistas que, por su genio y constancia, habían logrado hacerse amar por mujeres bellísimas, abrirse paso en la sociedad, y adquirir envidiable renombre. Don Teodomiro no tomaba en consideración que todas aquellas eminencias, cuyos nombres puntualizaba y hechos refería, habían florecido en el seno de pueblos adelantados y saturados de arte; mientras Fópoli, ciudad nueva y de incipiente cultura, no tenía aún las condiciones requeridas para impulsar el desarrollo de una gran inspiración, ó estimar y remunerar debidamente una vida exclusiva y exquisitamente artística. Como había pasado la existencia absorto en contemplaciones subjetivas, y dentro del mundo artificial de sus papeles y libros, nunca se había parado á analizar la diferencia que mediaba entre la oscura Fópoli, perdida en un arrenal y arrinconada en el interior de la República, y las grandes y cultas ciudades europeas, que en sus libros se mencionaban (como Milán, Florencia, Nápoles, Viena ó París), donde han conquistado espléndidos triunfos los

grandes compositores y virtuosos, cuyo nombre repite la humanidad civilizada con aplauso y asombro. Joaquín, también, demasiado joven, impetuoso é inexperto, era incapaz de entrar en tales filosofías; de suerte que se dejaba llevar dócil y gratamente por los espacios imaginarios á donde le empujaba su maestro, y aun hacía cuanto le era posible por darle ocasión para que soltase la verba y ponderase los primores de aquellos Campos Eliseos. Así iba preparándose y acentuándose el modo de ser extraordinario y exótico de Joaquín, destinado á no engranar con el medio que le rodeaba. De aquella pugna y falta de armonía entre él y sus contemporáneos, debía resultar más tarde una situación dolorosísima para el artista; pero como éste y su profesor estaban ciegos y dominados por la pasión, no lo sabían ni pensaban, y antes bien, animados por sentimientos exaltados, se entregaban con fe y confianza de videntes á las eventualidades del porvenir, teniendo por averiguado que no podría ser sino espléndido y venturoso.

Consagrábase Joaquín con frecuencia á componer piezas para canto, piano y orquesta, con una fecundidad y un número tales, que dejaba atónito al mismo don Teodomiro. Este examinaba sus trabajos y les daba la última mano, suprimiendo

pasajes exuberantes y excesivos, dando aquí ó allá corte técnico á algunos impetuosos arranques, y perfeccionando combinaciones ó reforzando y enriqueciendo armonías demasiado pobres para los temas y cantos, que eran siempre de suma belleza.

Berta, entretanto, había continuado ejercitando y desarrollando la voz con no menor solicitud, pues á la vista del entusiasmo y ardor que don Teodomiro y Joaquín desplegaban en sus estudios, crecían y se ensanchaban sus propias aficiones. Así, á poco andar, no se sabía ya quién estaba más empeñado en sus respectivas tareas; si ella ó Joaquín. Aquella comunidad de tendencias estrechó aun más el trato de los jóvenes; y como Sandoval continuaba supliendo á don Teodomiro en la clase de música, veía á Berta con frecuencia, y acompañábala al piano cuando cantaba. Las sentidas romanzas que Joaquín había compuesto pensando en ella, durante su viaje al Pacífico, habían sido ensayadas ya por los dos, y cantadas por la huérfana con gran dulzura y sentimiento; de suerte que, sin que Joaquín hubiese vuelto á pronunciar palabra relativa á sus antiguos empeños, el acento cariñoso del joven había vuelto á vibrar en el corazón de Berta, envuelto en música suave é inspirada; y la huérfana no había manifestado repugnancia hacia

aquellas quejas y súplicas, sino antes bien benignidad y dulzura.

Por entónces comenzó á difundirse entre las asiladas, la especie de que Joaquín y Berta habían llegado á entenderse; rumor que, llegado á oídos de sor Ignacia y las religiosas, no produjo sorpresa, debido, sin duda, á la costumbre de considerar á los jóvenes unidos en sus destinos, desde su llegada á la Sala de Expósitos; si bien las madres no se descuidaban de ejercer sobre ellos vigilancia cariñosa.

Los acontecimientos, pues, bajo el impulso de un oculto destino, fueron formando red fuerte y sutil en torno de los jóvenes, y los fueron estrechando y empujando, el uno hacia el otro. Sin embargo, Joaquín no había vuelto á desplegar los labios para formular nuevas declaraciones; pero su conducta toda, la ternura de su mirar, la dulzura de sus frases y las finezas que prodigaba á la huérfana, iban diciendo á voces que sus sentimientos eran los mismos de antaño, y que, si callaba por ahora, era para estudiar mejor su actitud, y aprovechar hábilmente cualquier oportunidad que se le presentase. Berta parecía aceptar pasiva y dulcemente los sucesos; pues, aunque no había llegado á definir su situación claramente, porque no sabía analizar sus propios sentimientos, admitía los hechos sin murmu-

rar, y adelantaba con paso lento y distraído por aquel sendero, cuyo término no veía ó sólo vislumbraba con vaguedad.

Paralelamente con sus estudios artísticos, Berta y Joaquín habían seguido las blandas y caritativas costumbres que les habían sido peculiares, y paseaban todos los días por los dominios de sor Agueda á la caída de la tarde, formando grupo con la ascética hermana, y departiendo con ella. Con ocasión de la ausencia de Paulina y Virginia, Berta, que se sentía casi aislada en el enorme edificio, buscaba por instinto la sociedad de los otros, para distraer y sobrellevar sus tristezas. Poseída, además, de un redoblamiento de ternura hacia los desvalidos, no se satisfacía con verlos sólo al atardecer, sino solía visitarlos también al mediar el día, cuando sor Ignacia acudía á inspeccionar aquel departamento. Joaquín cayó pronto en la cuenta de esta nueva distribución, y solía pasear á la misma hora por aquellos parajes. Pasar á su lado, verla, saludarle, ó cruzar con ella alguna sencilla frase, eran para él dichas inefables; mas obligado á ocultarse por respeto á las religiosas, y por temor de hacerse acreedor á una reprimenda, la seguía á distancia, y se emboscaba en sitios estratégicos para no perderla de vista en su curso por aquellos lugares, co-

mo observa el astrónomo el paso de una estrella por el campo de su telescopio.

Cierto día sucedió lo que vamos á narrar. Ocupábase sor Ignacia en el corredor, rodeada de Berta, doña Dorotea, don Sabas y Atenógenes, en dar de comer á don Lino, quien no podía sentarse á la mesa ni observar las reglas y ordenanzas del refectorio. Las asiladas iban y venían llevando platos trastes y cubiertos.

—A ver, decía la madre con acento maternal; abra la boca, don Lino, pero no tanto.... un poco menos...., así....

Y con la cuchara en la mano, aguardaba el momento en que el paralítico separaba las mandíbulas, para darle el alimento. Don Lino, que era gastrónomo, producía, por vía de aperitivo, antes de recibir la porción, alegres chasquidos en el paladar con la torpe y gruesa lengua; luego abría la boca cuan grande era, poniendo de manifiesto la enorme campanilla y el tuvo rojo y húmedo de la garganta. Llegado aquel instante, era menester tratarle con suma cautela, pues su misma voracidad y la torpeza de sus órganos, le ponían en grave peligro de ahogarse.

—Vamos, don Lino, seguía diciendo la religiosa; vuelva usted á hacerlo del mismo modo.... Así.... Así....

El pobre hombre, ávido de dar gusto al paladar, se apresuraba á tragar para

seguir engullendo, y masticaba y deglutía con esfuerzo y presteza.

—No tan de prisa, intervenía Berta suplicante: más despacio, don Lino, no hay para qué precipitarse.

—Ahora, don Lino, continuaba la superiora, mucho cuidado, porque aquí va un pedazo de pan. No lo pase inmediatamente, téngalo un rato en la boca, mástiquelo, no lo trague todavía.... ¡Todavía no!.... ¡Don Lino!.... ¡Don Lino!

Pero ni por esas; el gigantón, impaciente y voraz, tragó el trozo de pan sin masticarlo, y éste, aunque pequeño, no pudo deslizarse por el esófago, y se detuvo en la laringe. Don Lino hizo cuanto pudo por arrollar el obstáculo, tragando gordo, como se veía por los movimientos precipitados de su enorme y puntiaguda nuez; pero todo fué en vano, y luego comenzó á sofocarse. Una escena de angustia siguió á aquel contratiempo, y los circunstantes no sabían qué hacer para salvarlo.

—¡Haga un esfuerzo por vomitar, don Lino! gritaba afligida sor Ignacia.

—Incline la cabeza, á ver si arroja el pan! clamaba Berta.

Doña Dorotea le golpeaba la nuca, asegurando ser excelente el procedimiento para obtener la liberación del esófago.

Don Lino, entretanto, continuaba roncando con indecible congoja.

—¡Agua! ¡agua! ¡Que traigan un jarro! ¡pronto! clamaba don Sabás con acento trémulo.

Joaquín presenciaba la escena detrás de una pilastra, y cuando vió que todos los esfuerzos empleados por los presentes fueron inútiles, y que el rostro del pobre hombre iba pasando del rojo al carmesí, del carmesí al púrpura y del púrpura al negro, salió de su escondite. En aquellos momentos don Lino resollaba ya poco, había alargado hacia adelante la pierna válida en forma de barra rígida, y había dejado caer al suelo los brazos, echando la cabeza hacia atrás.

Joaquín sin perder un instante, cogió al paralítico por los hombros, le movió en todos sentidos, le inclinó boca abajo, procuró hacerle beber de golpe una buena cantidad de agua, y apeló á varias otras maniobras salvadoras; pero todo sin éxito. Ya no quedaba al anciano más que un hilo silbante de resuello, y Sandoval había perdido casi la esperanza de salvarlo. Por fortuna, la persistente separación de las mandíbulas del paciente, le sugirió una idea: la de sepultar la diestra hasta el puño en la garganta de don Lino con el índice encorvado en forma de gancho, para buscar y extirpar el obstáculo. Hizolo así, y como pronto le

halló, extrajo con destreza y rapidez el cuerpo extraño que estaba produciendo la asfixia; y el resultado fué maravilloso, pues tan pronto como salió el trocito de pan, y volvió el aire á penetrar en los pulmones, tornó á la vida don Lino, y abrió de nuevo los ojos, que fijó en Joaquín con infinito bienestar. Con ellos parecía decirle:

—Gracias, Joaquín: Dios le pague el beneficio que me ha hecho, pues por usted vivo.

—Don Lino, repuso el joven interpretando su mudo lenguaje; lo que importa es que se reponga. ¿Se siente mejor? ¿Ya pasó todo?

—Sí, repuso el anciano, abriendo y cerrando los párpados.

Los circustantes no cabían en sí de alborozo al verle salvado.

—Dios te ha traído por acá, dijo sor ignacia á Joaquín; si no ha sido por tí, de seguro se nos muere.

—Se nos estaba muriendo ya; casi se nos murió, agregó doña Dorotea.

—Don Lino te debe la vida, concluyó Berta con convicción.

—¡Bendito sea Dios! repuso el joven satisfecho.

Por el ánimo de Berta pasaron entonces extrañas y abultadas ideas. Aquella sencilla y buena acción, indújola á ver en

Joaquín un ser excepcional, infinitamente compasivo y bienhechor; y á adornarle con cualidades de gran mérito y brillo. Decididamente, las circunstancias ayudaban al joven, pues hasta aquel pequeño incidente le hacía ganar incalculable terreno en el corazón de la huérfana. Un servicio prestado á tiempo, su acierto, una casualidad feliz, le cubrieron de nueva luz y le idealizaron á los ojos de su amada. Desde entonces fué Joaquín para Berta, no el ser real y verdadero que sentaba la planta en este mundo infeliz, sino otro prodigioso, nunca visto, á quien la naturaleza había dotado de facultades maravillosas: gran corazón, gran imaginación, generosidad, genio artístico y quién sabe cuántas cosas más, que ella misma no hubiera podido definir. Ahogada en aquel mar de brillantes fantasías, quedó, pues, para siempre á los ojos de la huérfana, la modesta figura del joven, pues la aureolas espléndidas de que la rodeó, ofuscaron y ahogaron del todo su ser físico; como se borra y esfuma el opaco núcleo de un astro, en el brillante fulgor de sus propias irradiaciones.

Berta, por otra parte, no podía explicarse, además, por qué había dado por ese mismo tiempo, en recordar las tristes composiciones compuestas por Joaquín en las playas marítimas, y muy especialmente una, cuya letra decía así:

## A DIOS.

---

Es en vano luchar: inútilmente  
De tu amor y mi dicha corrí en pos;  
Amor por mí tu corazón no siente,  
¡Adiós, por siempre adiós!

Es en vano luchar: la suerte impía  
Separa los caminos de los dos;  
Siento anegada en llanto el alma mía  
¡Adiós, por siempre adiós!

Es en vano luchar: dicha y contento  
Derrame siempre en tu camino Dios;  
Ya *nunca* volverás á oír mi acento  
¡Adiós, por siempre adiós!

Estos versos de sabor doloroso, sollozaban á toda hora en sus oídos, y la palabra "nunca" de la última estrofa, vibraba en su corazón como tañido de agonía. Aquella música desgarradora íbale oprimiendo el pecho con extraña amargura, y fatigada por esa triste obsesión, caminaba al acaso, procurando ocultar á sus propios ojos, las vislumbres de nuevos afectos que comenzaban á alborear en los lejanos términos de su espíritu.

Mas ¿qué geniecillo indiscreto había soplado al oído de Joaquín la revelación de aquellas ocultas y tímidas luchas de Berta? ¿Sería su misma observación la que, atenta al examen de su amada, le

nabía hecho comprender lo que pasaba por ella; ó bien el corazón enamorado, guiado por luces más imperceptibles que las de Roentgen, fué el que llegó á penetrar aquellos dulces misterios? De un modo ú otro, el caso fué que el espíritu de Joaquín comenzó á despertar de nuevo á la esperanza, y sus pensamientos y afectos, como alegres pájaros que vuelan y cantan al anuncio del sol, presintieron la llegada de una hermosa primavera. Alentado por sus presentimientos, funcionaba mejor su cerebro, vibraban sus nervios con mayor energía, y de su corazón, como de fragua encendida, surgían maravillosas y apasionadas inspiraciones; y dándose exacta cuenta del estado del alma de su amada, iba rigiendo y moderando sus acciones de acuerdo con las risueñas circunstancias que le circuían. No era Maquiavelo, ni siquiera un mediano diplomático; pero el cariño que profesaba á Berta era tan profundo, que le fué dirigiendo como hábil y discreto guía, por los tortuosos senderos de la inexperiencia y de la duda; de suerte que no sólo sus actos, palabras y miradas, sino hasta su mismo silencio, fueron caminando derecho á su objeto, y produciendo en el ánimo de la joven el efecto anhelado. Lejos de aventurarse ahora, como un año antes, á hacer una declaración intempestiva, dejó que las cosas siguiesen su curso regular,

y aguardó la llegada del bajel de sus sueños, cuyas velas y mástiles veía ya dibujarse sobre la curva lontananza. Y como la clepsidra destila el agua gota á gota por su angosta garganta, para que se marquen las horas en su cuadrante, así fué Joaquín dejando fluir de su alma y su corazón las más preciadas esencias, los perfumes más delicados de admiración y cariño; y aquellos escapes suaves y preciosos fueron envolviendo por todas partes á la joven con efluvio embriagador, haciéndola flotar en la atmósfera de albura y ensueño en que bogaba el alma de Joaquín. "Chi va piano va lontano," dice con sobra de razón un refrán itálico. Así, caminando despacio, sin apremio ni brusquedad, fué forzando Sandoval poco á poco las bien cerradas puertas del corazón de su amada. ¿Quién hubiera dicho á Berta algunos años antes, que tiempo llegaría en que su compañero de infancia llegase á ser objeto de admiración para sus ojos? Mediaba, es cierto, gran diferencia de aspecto entre Joaquín y Julio, pues mientras era éste hermoso y seductor, era aquél vulgar y deslucido; pero esa diferencia se refería sólo á cosas exteriores y de escasa importancia, pues, si se les comparaba en lo tocante al alma y al corazón, cambiaban luego los papeles, y todo resultaba favorable al hospiciiano. Julio era buen mozo, pero falso; pulcro, pero de

negra conciencia; conquistador, pero ingrato. Y por el contrario, Joaquín, era feo, pero inspirado; cobrizo, pero de alma blanca; deslucido, pero grande por su talento é hidalguía. Era, en fin, el hombre predestinado para acompañarla en la peregrinación de la vida. ¿No habían sido llevados al Hospicio los dos, una misma noche? ¿No habían sido colocados ambos en la misma cuna y en brazos de la misma nodriza? ¿No habían vivido siempre juntos los primeros años de su infancia? ¿No estaba acostumbrada la muchedumbre del Hospicio á reunir siempre sus nombres, y á decir á todas horas "Joaquín y Berta," ó bien "Berta y Joaquín?" Y ¿qué significado tenía todo aquello, si no era el de que Dios había querido enlazar sus destinos desde entónces, para que unidos hasta el fin, recorriesen la senda de la existencia? Creía percibir todo eso la joven con claridad meridiana, y seguía reforzando sus reflexiones al pasar en revista los acontecimientos relacionados con su adolescencia y juventud. Joaquín la había amado siempre ¡ah, sí!: ella lo había visto, palpado, y más que todo, adivinado y penetrado con la delicadeza de su instinto. Los ojos del joven habían tenido para ella desde la niñez, resplandores cariñosos, que no había visto chispear en otros ningunos; su voz le había regalado siempre el oído

con vibraciones suavísimas, que más parecían acentos del alma que de los labios; y su actitud, sus maneras, los hechos todos de su vida, desde los más importantes hasta los más sencillos, habían girado sumisamente en torno de ella, como coro de devotos que rodean el altar, haciendo genuflexiones y cantando alabanzas. El sí que la quería, y mucho, y de veras, al punto de que sería capaz de sacrificarle la misma vida. ¿No había resistido al espectáculo de sus amores con Julio? ¿Cuán grande no sería el que á ella le tenía, cuando no se había desvanecido á la vista de su ingratitud, ni resfriado ante el menosprecio con que la había tratado el fementido alemán? ¿Cuánto debió sufrir al observar su predilección hacia Julio! Recordaba vagamente haber columbrado el rostro del mancebo la noche del "Stabat Mater," cuando el alemán recogió la flor que ella había dejado caer del corpiño. Aunque estaba absorta en sus locos amores, se había contristado á la vista de aquel semblante lívido, de aquellos ojos agonizantes y de aquellos pálidos labios, contraídos por el gesto de una horrible amargura; y después de eso, ni una alusión, ni una queja, ni una palabra que hiciesen mención de tan desdichado episodio, se habían escapado de la boca de su amigo. Aquello sí se llamaba querer;



no querer sino amar; no amar, sino adorar.

El amor es como el fuego, no sólo porque arde, sino también porque se comunica. Lo mismo que una conflagración pasa de un edificio á otro, así el amor, cuando es grande y sincero, se transmite de corazón á corazón. Hay mucho de misterioso en ese humano afecto, suave como el perfume y acre como el miasma, débil como la sumisión é imperioso como el mandato; formado de esperanza y recelo, llanto y sonrisa, y luz y sombra. ¿Qué importa que quien se siente poseído por esa pasión, sea grande ó pequeño, flaco ó potente, hermoso ó feo? Todos se transfiguran á su contacto y se tornan sublimes, ya sean Quasimodos ó capitanes Febos. Desde el instante en que el ser humano se halla bajo ese impulso, una aureola misteriosa le rodea, adquiere fuerzas ocultas y es capaz de pasar á nado el Helosponto; por eso son tan peligrosos los enamorados, pues todo lo conmueven y arrebatan á su paso, como el huracán que así arranca de cuajo los árboles corpulentos, como barre del suelo y eleva al espacio el polvo del camino.

Berta lo sabía por experiencia: la locura de Joaquín se le había infiltrado por el cerebro; la hoguera de aquel pecho había pasado al suyo; y el torbellino de

aquella pasión había arrebatado sus propios afectos en sus espirales. Sobraban buenas razones para apoyar aquella comunidad de destinos. Jóvenes ambos, debían disfrutar á la vez la primavera de la vida; expósitos y desamparados, podían prestarse mútua ayuda y consuelo; sinceros y desgraciados, no se mentirían amor que no sintiesen, ni buscarían la dicha por otro camino que el de su mutuo afecto. Ni uno mejor, ni otro peor que su compañero; los dos al mismo nivel y á la misma altura: frente con frente y corazón con corazón. ¿Con cuánta serenidad, (pensaba la joven), podría entregarse á aquel cariño, sin temor á desdenes, falsías ni negras traiciones! Allí sí que había tesoro inmenso y precioso de sentimientos rendidos y puros. Acudir al reclamo de aquel corazón, era el desenlace natural de su existencia. ¿Era amante? Pues el amor. ¿Era celosa? Pues á la sinceridad. ¿Era pobre? Pues á la pobreza. ¿Era expósita? Pues al compañero de inclusa. ¿Era soñadora? Pues al poeta. ¿Amaba la música? Pues al artista.

Oyó Joaquín distintamente, aquellas voces en los oscuros senos del alma; y cuando se enteró bien de su oculto sentido, dió el toque de llamada á todas sus fuerzas, las congregó á su derredor y las pasó en minuciosa revista. Sus legiones se componían de ilusiones y ensueños, es-

peranzas y fe, y, sobre todo, de amor, amor inmenso, inspirador de hermosísimas quimeras. Es verdad que su ejército carecía de fiereza: mas era muy hermoso y pintoresco al resplandor de sus dorados cascos, de sus corazas y escudos como de luna, y de sus tornasoladas y ténues capas, semejantes á nubes heridas por el sol matutino. Satisfecho del golpe de vista que presentaba su hueste, y de sus ímpetus juveniles, sopló en el clarín de plata de su ilusión, los toques más dulces de su registro, y se precipitó al asalto de la fortaleza.

Era día de clase de música, y habían dado ya sus lecciones las alumnas: mas Berta se había quedado para lo último, tal vez por acuerdo tácito é inconsciente con Joaquín. Poco tiempo faltaba para que sonase la campana del refectorio, y las alumnas se daban prisa á salir de la estancia. Contadas de ellas se habían retardado, y andaban distraídas en el arreglo de sus papeles; así que Joaquín, dándose prisa y sin ser oído por nadie, pudo dirigir á su amada esta frase tímida:

—¿Has aprendido la nueva canción?

—Sí, repuso la joven poniéndose densamente pálida; la traigo conmigo para que la ensayemos.

—Pocos minutos nos quedan, prosiguió Joaquín consultando el reloj; va á interrumpirnos la campana.

—¡Lástima! exclamó Berta.

Pulsó Joaquín el piano y moduló la introducción muy dulcemente. El motivo que bosquejaba era sencillo y tierno como una confidencia; pero fué poco á poco enriqueciéndose y desarrollándose en forma vehemente. A su debido tiempo rompió el canto argentino de Berta, diciendo:

¡Es en vano luchar! Inútilmente  
Pretendí sofocar mi sentimiento,  
Pues irritado, arrollador, violento,  
Rebosa y salta al fin como un torrente.

¡Es en vano luchar! La suerte quiso  
Que la vida y el alma te rindiera,  
Y es menester que siempre yo te quiera,  
Porque lo manda Dios, porque es preciso.

¡Es en vano luchar! Ya la agonía  
Que sufrió el corazón de tí apartado,  
A conocer con su rigor me ha dado  
Que te amo aun más de lo que yo creía.

¡Es en vano luchar! Amor profundo  
No puede sofocarse. . . es un delirio,  
La vida sin tu amor es un martirio;  
Es un desierto sin tu amor el mundo.

¡Es en vano luchar! De mis amores  
Acaben ya las congojosas penas;  
Soy tu esclavo, remacha mis cadenas,  
¡Mis cadenas dulcísimas de flores!

A medida que el canto avanzaba, iba haciéndose más trémula y conmovida la

voz de Berta, y el acompañamiento de Joaquín se tornaba más nervioso. Todo pasó de prisa, como si importase á los artistas llegar al término de la pieza sin ser interrumpidos; y las estrofas todas se precipitaron por los labios de la joven, sin los "da capos" indicados en la pauta, para no perder tiempo.

Al sonar el último verso con la última nota del canto, cesó también Joaquín de pulsar el teclado, dejando inconcluso el acompañamiento; y, palpitante de emoción y lleno de una angustia divina, alzó los ojos hacia el semblante de su amada. Esta los bajó hasta él, y se cruzaron sus miradas con una fuerza nueva, desconocida, como si nunca antes se hubiesen conocido. Berta, tímida de ordinario, no volvió el rostro á otra parte, como solía hacerlo cuando era vista con insistencia; sino antes bien, resistió la mirada del pianista con una osadía nueva en ella. Un impulso recóndito la impulsaba. Se vieron fijamente, como dos adversarios comprometidos en un duelo á muerte, y en aquel instante, que fué por su intensidad como un siglo, se aproximaron y estrecharon sus almas, más, mucho más, que durante los veintún años anteriores. Sus pupilas clavadas una en otra con ansiedad, dejaron ver el mundo interno y arcano de sus espíritus, invisible para los demás, y descubrieron en el fondo de aquella oscuridad inviolada,

la esencia oculta y misteriosa que se encubre con la envoltura terrestre; y sus almas, revelándose la una á la otra por medios ignotos, se unieron en fusión impalpable, comprendiendo por instinto, que aquella mirada era definitiva y fijaba para siempre sus destinos. Entretanto, el corazón y las sienas de los jóvenes latían con locura, y el calor y la sangre de todo su organismo se habían agolpado á su pecho. Habíanseles helado las manos como en presencia de un gran peligro, respiraban anhelosamente y á intervalos, y sus secas y mudas gargantas se contraían con suave congoja.

Berta fué la primera en hablar.

—Mira cómo me commueve tu canción, dijo. Apenas puedo respirar.

—¿La música? murmuró Joaquín.

—La música y la letra. ¿Has sentido todo eso?

—Mucho más de lo que expresan mis notas y mis versos. Lo que tengo aquí, agregó Joaquín llevándose la mano al corazón, sólo Dios puede conocerlo y medirlo.

—¿En quién pensabas al escribir eso?

—En tí, Berta mía; nunca he pensado más que en tí.

—¿No es poesía solamente?

—Es realidad honda y eterna; es mi vida ó mi muerte.

—En ese caso, será tu vida.

—¿De suerte que ya no me desprecias?  
—No recuerdes ese triste pasado; eres todo para mí.

—¿Me quieres?

—Con todo el corazón.

Por un movimiento maquinal, adelantaron ambos las manos y se las estrecharon fuerte y tenazmente, mientras seguían mirándose con ojos anhelosos; el toque de la campana los hizo volver á la realidad y los obligó á deshacer aquel suave nudo. Por fortuna estaba desierta ya la sala y nadie se había dado cuenta de la escena.

---

#### XIV

A toda orquesta

¡Qué extraordinarias transformaciones sufre á veces el mundo! ¿Por qué se ostenta de repente más diáfano y profundo el azul de los cielos, y parece que el espacio mismo sonríe con su dulce transparencia? ¿Qué mano es la que deslie tantos y tan gratos perfumes en el ambiente? Nunca fué la luz más clara ni espléndida: antes servía sólo para iluminar los objetos, y hoy parece que los acaricia y rodea de sagradas aureolas. Las flores habían sido simplemente decorativas, y

carecían de vida y perfume; mientras ahora, como si hubiesen sido acabadas de criar, iérguense cubiertas de mantos de vivos colores, frescas y coronadas por las deslumbradoras diademas que les teje el rocío. ¿Y las aves? ¿Dónde tenían escondidos sus trinos y cantos más poéticos, y por qué sueltan hasta hoy la música antes no oída de su argentina garganta? ¿Quién pintó de nuevo las alas de las mariposas, que parecían ya viejas y polvorientas?

El universo entero se ha renovado: todo se muestra joven y risueño, desde la montaña azulada que se dibuja á lo lejos, como pilar aéreo del cielo, hasta las nubes plateadas que semejan blancos velones esparcidos al viento; desde el radioso amanecer, que ríe en el Oriente y salpica la tierra y el espacio con rica pedrería, hasta la oscura noche, que lleva en sus entrañas el astro del ensueño, rodeado de inmortales luciérnagas. ¿Dónde están los pesares que tanto contristan, dónde las coronas de espinas y las cruces agobiadoras? Todas esas sombras se desvanecen ante las ninfas que pueblan el bosque, ante los geniecillos que asoman la cabeza acurrucados en las corolas de las flores, y ante los silfos que cantan ensueños y ternezas con la voz del viento y de las frondas. Todo brilla, perfuma y canta; y sobre la inmensidad radiosa y